

7. La victoria de Cristo sobre la muerte

El registro evangélico dice que el viernes en la tarde, cuando Jesús ya había fallecido (Juan 19: 30, 33-35), José de Arimatea reclamó su cuerpo, «lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue» (Mat. 27: 59, 60). El sábado, mientras los seguidores de Jesús descansaban «conforme al mandamiento» (Luc. 23: 56), los principales sacerdotes y los fariseos fueron a ver a Pilato. Le dijeron que Jesús había dicho: «Después de tres días resucitaré» (Mat. 27: 63). Ante su pedido, Pilato ordenó que se sellara la piedra a la entrada del sepulcro y que los soldados romanos vigilaran el sepulcro (vers. 65, 66). Desde la perspectiva humana, todo estaba dispuesto para mantener a Cristo confinado al sepulcro, pero todas estas maniobras solo ayudaron a que la resurrección de Cristo fuera mucho más trascendental.

El presente capítulo analiza importantes predicciones y promesas sobre la resurrección de Cristo, el tiempo que pasó en la tumba, su gloriosa victoria sobre la muerte y los muchos testigos oculares de ese acontecimiento. Una comprensión clara de este tema nos ayudará a evitar conceptos erróneos sobre lo que Cristo ya ha hecho por nuestra salvación y nos permitirá comprender mejor el fundamento de la esperanza cristiana: la vida eterna.

Predicciones sobre la resurrección

Siglos antes de que Cristo viniera a la tierra, David declaró: «No dejarás mi alma en el seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción» (Sal. 16: 10). Si bien se está refiriendo principalmente a la esperanza de los fieles, este salmo también tiene un mensaje mesiánico. Tanto Pedro, en su sermón de Pentecostés (Hech. 2: 22-36), como Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Hech. 13: 34-37), aplicaron este pasaje a Jesucristo, quien resucitó antes de que su cuerpo viera corrupción. Peter C. Craigie declara: «El salmista escribe en base a su experiencia particular y, sin embargo, sus palabras tocan la experiencia de todos los seres mortales, a saber, el temor a la muerte. Es un miedo que se debe controlar con confianza si se quiere vivir la vida a plenitud, pero es un miedo que nunca se puede controlar de manera absoluta». Sin embargo, la amenaza de la muerte finalmente fue «vencida en la resurrección de Jesús».¹

En varias ocasiones, Cristo mismo habló de su futura muerte y resurrección. Por ejemplo, en la primera purificación del templo, Jesús se refirió a ella como la destrucción del «templo de su cuerpo» y en tres días su resurrección (Juan 2: 21). A los escribas y fariseos les mencionó que «como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches» (Mat. 12: 40). A sus discípulos, les mencionó una y otra vez que lo matarían y resucitaría «al tercer día»

(Mateo 16: 21; 17: 23; 20: 19; Mar. 9: 31; 10: 34; Luc. 9: 22; 18: 33). Luego de partir del aposento alto rumbo a Getsemaní, Jesús les dijo: «Pero, después de que yo resucite, iré delante de ustedes a Galilea» (Mar. 14: 28, NVI; cf. Mat. 28: 16). Como se mencionó anteriormente, incluso los principales sacerdotes y los fariseos estaban preocupados por la promesa de Jesús de que después de tres días resucitaría (véase Mat. 27: 63).

Todas estas predicciones de la resurrección fueron hechas por Cristo mismo y están registradas en los cuatro Evangelios. Si la resurrección de Cristo fue solo una visión, una ilusión o un mito, como sugieren algunos eruditos críticos,² entonces Cristo terminó mintiéndoles a sus propios discípulos al prometerles algo que nunca cumplió. Pero ¡alabado sea el Señor, ese no fue el caso! Las promesas de Jesús quedaron registradas en los Evangelios por parte de testigos del Cristo resucitado (Mateo y Juan) o por escritores que entrevistaron a testigos de los acontecimientos (Marcos y Lucas). Además, los registros mismos fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo (2 Tim. 3: 16), muchos años después de la Resurrección, con tiempo suficiente para aclarar cualquier expectativa incumplida.

Descansando en la tumba

Los Evangelios declaran que Jesús murió alrededor de «la hora novena» de ese viernes, conocido como el «día de la preparación» (paraskeue en griego) para el sábado (Mat. 27: 46, 62; Mar. 15: 34-37, 42; Luc. 23: 44-46, 54; Juan 19: 42); descansó en el sepulcro durante el sábado (Mat. 27: 57-60; Mar. 15: 42-46; Luc. 23: 50-58; Juan 19: 38-42); y resucitó de entre los muertos muy temprano, «el primer día de la semana» (Mat. 28: 1, 2; Mar. 16: 1-4; Luc. 24: 1-3; Juan 20: 1). Pero la pregunta que debemos hacernos es: ¿Cuánto tiempo permaneció en la tumba? ¿Cumplió alguna actividad específica durante ese período?

Como ya se mencionó, Jesús prometió varias veces que resucitaría «al tercer día», lo cual ocurrió. Pero algunas personas se preguntan sobre su referencia a que pasó tres noches «en el corazón de la tierra» (Mat. 12: 40) y resucitó «después de tres días» (Mat. 27: 63; Mar. 8: 31). Aquí se utilizan expresiones idiomáticas judías en las que «día y noche» representan un día y una parte de un día representa todo el día igualmente.³ Esta noción inclusiva del tiempo es evidente en algunos pasajes de la Biblia (Gén. 40: 13, 18, 20; 42: 17, 18; 1 Sam. 30: 12, 13; 1 Rey. 20: 29; 2 Crón. 10: 5, 12; Est. 4: 16-5: 1) y se enuncia en el Talmud de Jerusalén: «Un día y una noche constituyen un lapso, y parte de un lapso equivale a la totalidad».⁴ Aun así, los evangelios no se enfocan en el tiempo preciso que Jesús pasó en el sepulcro, sino más bien en la brevedad, que culmina con su gloriosa resurrección.⁵

Los que creen en la teoría de la inmortalidad natural del alma están divididos sobre lo que realmente le sucedió al «alma» de Jesús durante el período intermedio entre su muerte y su resurrección. Algunos creen que su alma ascendió al Paraíso, ya que le prometió al ladrón arrepentido: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Luc. 23: 43, NVI). Pero esta suposición contradice de manera rotunda las palabras que Jesús le dijo a María Magdalena después de que resucitó: «¡Suéltame!, porque aún no he subido a mi Padre» (Juan 20: 17). Otros intérpretes sugieren que Jesús descendió a los infiernos, porque, así como Jonás estuvo «en el vientre del gran pez», Cristo descendería al «corazón de la tierra» (Mat. 12: 40). El llamado «Credo de los apóstoles» (c. siglo IV d. C.) reza que Jesucristo

«fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos [del latín inferna o inferos]. Al tercer día resucitó entre los muertos, subió a los cielos».⁶

Con respecto a la expresión «el corazón de la tierra», Barclay M. Newman y Philip C. Sine advierten que «el lugar al que se refiere es la tumba y no el mundo de los muertos».⁷ Asimismo, el erudito luterano Richard C. H. Lenski explica con relación a esta expresión:

«Debe referirse a la tumba en el jardín de José y no al hades, el infierno o el mítico “reino de los muertos”, ese estado intermedio entre el cielo y el infierno. [...] No sabemos de ningún lugar donde el cuerpo pudo haber estado durante esos tres días, excepto en la tumba de José; tumba que no estuvo vacía durante esos tres días [...]

La ubicación del infierno o del supuesto “reino de los muertos” intermedio en el centro de nuestro globo físico es un concepto ajeno a las Escrituras, así como el cielo no está ubicado en el cielo físico».⁸

Además, como ya se señaló en el capítulo 3, la Biblia enseña que la persona es un «alma» o un «ser viviente» y que esta no tiene alma (Gén. 2: 7). Al aceptar la enseñanza bíblica de la inconsciencia de los muertos, podemos reconocer fácilmente que durante el período intermedio entre la muerte y resurrección de Jesús, él simplemente descansó, como todos los demás seres humanos dentro del sepulcro.

«Ha resucitado»

Todo lo que los enemigos de Jesús pudieron hacer para evitar la resurrección de Jesús se hizo. Tras bastidores, el mismo Satanás «puso su guardia en derredor de la tumba procurando retener a Cristo preso».⁹ ¡Pero ni la piedra sellada, ni los soldados romanos, ni siquiera las huestes del mal juntos pudieron retener a Cristo en el sepulcro! Después de sanar al ciego de nacimiento, Jesús les había dicho a los judíos escépticos: «Tengo poder para ponerla [mi vida], y tengo poder para volverla a tomar» (Juan 10: 18). Ahora había llegado la hora de que Aquel que había resucitado a otros, resucitara.

El Evangelio de Mateo dice que «hubo un gran terremoto» cuando «un ángel del Señor descendió del cielo y, acercándose, removi6 la piedra de la puerta» del sepulcro (Mat. 28: 2). Con gran poder, Jesucristo sali6 de la tumba, proclamando triunfalmente su victoria definitiva sobre la muerte, Satanás y las huestes del mal. Pero él no sali6 solo de la tumba, ya que resucitaron con él «muchos cuerpos de santos que habían dormido» y que fueron después «a la ciudad santa [de Jerusalén] y se aparecieron a muchos» como testigos de la resurrección (Mat. 27: 52, 53). ¡Estas personas fueron los primeros trofeos de su gloriosa victoria!

Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos, pero los fariseos sí (Mat. 22: 23; Hech. 23: 8).¹⁰ Pero independientemente de sus puntos de vista contradictorios, ¿cómo podrían admitir que el mismo Jesús que exigieron que fuera crucificado había resucitado? Los principales sacerdotes, que estaban tratando de disfrazar la realidad de la resurrección, pudieron sobornar a los soldados romanos para que la negaran (Mat. 28: 11-15), pero no pudieron silenciar el poderoso testimonio de los que resucitaron con él. Y más aún, nadie pudo evitar las múltiples apariciones de Cristo resucitado y los contundentes testimonios de quienes lo vieron vivo.

Durante los cuarenta días entre la resurrección de Jesús y su ascensión, Cristo se apareció, por ejemplo, a las mujeres que fueron al sepulcro (Mat. 28: 1, 9, 10; Mar. 16: 9, 10; Juan 20: 14-18), a Pedro (Luc. 24: 34; 1 Cor. 15: 5), a dos discípulos camino a Emaús (Mar. 16: 12; Luc. 24: 13-35), a los discípulos en el aposento alto (Luc. 24: 33-49; Juan 20: 19-29), y a «más de quinientos hermanos a la vez» (1 Cor. 15: 6). Después de su ascensión, Cristo también se le apareció a Saulo, (que luego comenzó a llamarse Pablo (Hech. 9: 1-9), quien más tarde escribió contundentemente: «Y si Cristo no ha resucitado, entonces toda nuestra predicación es inútil, y la fe de ustedes también es inútil. Y nosotros, los apóstoles, estaríamos todos mintiendo acerca de Dios, porque hemos dicho que Dios levantó a Cristo de la tumba» (1 Cor. 15: 14, 15, NTV).

En la isla de Patmos, el Señor se le reveló al apóstol Juan, con las palabras: «Yo soy el que vive. Estuve muerto, ¡pero mira! ¡Ahora estoy vivo por siempre y para siempre! Y tengo en mi poder las llaves de la muerte y de la tumba» (Apoc. 1: 18, NTV). El Targum judío (una traducción aramea con algunas paráfrasis y explicaciones), declara sobre Deuteronomio 28: 12, que las llaves de la vida y de la tumba están «en manos del Señor del universo» y «no se ponen en manos de cualquier dignatario».¹¹ Entonces, al presentarse a sí mismo como poseedor de «las llaves de la muerte y de la tumba», Cristo confirmó sus credenciales divinas sobre la muerte y el sepulcro y su poder para finalmente levantar a todos sus hijos fieles de los sepulcros. ¡La tumba vacía señala al Salvador resucitado que trae la seguridad de la vida eterna!

1. Peter C. Craigie, *Psalms 1–50*, Word Biblical Commentary 19 (Waco, TX: Word Books, 1983), pp. 158, 159. Una descripción útil, así como un análisis crítico de esas teorías han sido proporcionados por Grant R. Osborne, *The Resurrection Narratives: A Redactional Study* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1984).
2. Para un estudio más detallado de este tema, véase Richard T. France, *Jesus and the Old Testament: His Application of Old Testament Passages to Himself and His Mission* (Vancouver, BC: Regency College Pub., 1998), pp. 80-82; C. Mervin Pate, *40 Questions About the Historical Jesus* (Grand Rapids, MI: Kregel Academic, 2015), pp. 343-346.
3. Jacob Neusner, ed., *The Talmud of the Land of Israel volumen 11: Shabbat* (Chicago: University of Chicago Press, 1991), p. 311 (y. Shabbat 9: 3, 1J).
4. Douglas R. A. Hare, *Matthew*, Interpretation: A Biblical Commentary for Teaching and Preaching (Louisville, KY: John Knox Press, 1993), pp. 142, 143.
5. Jaroslav Pelikan y Valerie R. Hotchkiss, eds., *Creeds and Confessions of Faith in the Christian Tradition* (New Haven, CT: Yale University Press, 2003), t. 1, pp. 667–669.
6. Barclay M. Newman y Philip C. Sine, *A Translator's Handbook on the Gospel of Matthew* (Nueva York: United Bible Societies, 1988), p. 400.
7. Richard C. H. Lenski, *The Interpretation of St. Matthew's Gospel*, t. 1, 1–14 (Columbus, OH: Wartburg Press, 1943), p. 494.
8. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, cap. 81, p. 742.
9. Si desea un estudio más minucioso del tema, véase George W. E. Nickelsburg Jr., *Resurrection, Immortality, and Eternal Life in Intertestamental Judaism*, Harvard Theological Studies 26 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1972); Jan A. Sigvartsen, *Afterlife and Resurrection Beliefs in the Pseudepigrapha*, T & T Clark Jewish and Christian Texts 30 (Londres: T & T Clark, 2019).
10. Ernest G. Clarke, trad., *The Aramaic Bible*, t. 5B, *Targum Pseudo-Jonathan: Deuteronomy* (Collegeville, MN: Liturgical Press, 1998), p. 75.